# Escribe sobre mí

Samantha Lamaríz

# Capítulo 1

## Escribe sobre mí

Recostados en la cama, empapados por los haces solares que se filtraban a través del vitral compuesto por figuras geométricas, su cuerpo se adhería al mío en un abrazo sempiterno que comenzó la noche anterior. Podía sentir las vibraciones de su piel, el temblor de sus suspiros y la inestabilidad de su respiración, mientras yo esperaba que ella pudiese percibir, al menos advertir, el fuego que desde el día en que la conocí consumía mi alma y, que con el paso del tiempo, se convertía en cenizas negras que, a pesar del daño, seguirían amándola, ya no con la misma pasión, pero sí con la misma sinceridad. Ella era tan similar al océano, un abismo oscuro en el que habitaban bestias desconocidas que nadie, ni su propia voluntad, podían dominar o siquiera entender. Nos desvivíamos, ella buscando la manera de expresar los arrebatos de su corazón, los deslices de su imaginación, y yo buscando la manera de amarla sin la loca necesidad de atarla a mi persona, de poseerla por completo. Me abochorna confesar que yo anhelaba que sus ojos me miraran y vieran en mí una pieza de arte, me hubiese conformado con ser un lienzo en blanco en el que pudiese verter todos los símbolos tatuados en sus ojos oscuros.

Yo lo sabía que amarla era un acto de rebeldía contra mi espíritu, sería deshonesto de mi parte decir lo contrario, lo supe desde el momento en que vació su risa en aquella librería, llenando los estantes de luz dorada, contorneando mi figura con su vibra cargada de relámpagos de emoción, aquellos que me provocaron espasmos hasta dejarme tendido en el suelo, suplicando por más descargas de energía emitidas desde el centro de su pecho. Por eso la seguí, porque se impregnó a mis latidos, entonces no hubo vuelta atrás. Quisiera decir que construimos una vida juntos, pero eso sería una falacia con sabor a deseo, ya que fui yo quien construyó una vida a su lado, mientras ella se deshacía en poesía sobre hojas marchitas. Es verdad, yo la vi más de una vez desvanecerse en versos, de la manera en que yo quería que me besara, apasionada, perdida en la ilusión de hacer lo efímero, eterno, o al menos que trascendiese. A mitad de la noche, juntos, descansando del hastío de la jornada, ella se ponía de pie, abandonaba el lecho que tanto esmero puse en que llenara con su elocuencia, con sus caricias calinosas y sus coqueteos melindrosos, y se iba a otra habitación. Yo, como un amante celoso, la espiaba por la rendija de la puerta, y contemplaba, con el estómago henchido de alimañas corrosivas, como ella ofrecía su más puro amor a la escritura. Sí, podía pasar veladas completas tratando de completar una página, de dar con la mejor frase, y se convertía en espejo, pues yo podía verme reflejado en su frustración, en sus esfuerzos recompensados con la nada, sólo la odiaba cuando se parecía a mí, pero entonces se volvía mirarme, y me sanaba las heridas más profundas, haciendo que de ellas brotasen girasoles, ávidos de sol, y para mi fortuna—o mi desgracia—ella era el

único sol en esa habitación, y en esa vida.

Muchas veces empaqué y muchas más desempaqué, pues ella sabía exactamente cuando volver, cómo deambular por los corredores de la casa, de qué manera canturrear para atraerme como un ánima a su cuerpo, tras un desprendimiento astral. Eso eran exactamente mis intentos desesperados de marcharme, un desprendimiento astral, sólo formaban parte de un sueño. Yo sólo podría dejarla ir con los ojos cerrados, sabiendo que, cuando los volviese a abrir, se me desangraría la añoranza en lágrimas, esperando ansioso su regreso.

Fui yo el único testigo de sus desvaríos en la madrugada, donde se sentaba en los recovecos y trasmutaba a un cuerpo de agua con tinta que la sesgaba. La abrazaba tan fuerte como se puede abrazar al agua, sabiendo que se me resbalaría, que se escurriría por mis bordes. Para calmarla le leía un poco, iba directo a su escritorio y tomaba Rayuela de Julio Cortázar, entonces abría la boca para que saliesen de mí palabras ajenas, y parecía que esas palabras eran las únicas que realmente escuchaba.

Lo más difícil de todo esto era que yo no peleaba contra otro ser humano, contra un hombre fornido y atractivo que me hiciera entender el porqué ella lo prefería a él. No. Yo me embarqué en una batalla a ciegas, no conocía casi nada de mi rival: la literatura, mas sabía, por el brillo que refulgía en el rostro de la mujer que más he amado en la vida, que no podía vencerle. Yo, por más que lo intentara, no podía mutar como ella lo hacía. Me era imposible convertirme en una novela que ella deleitaría con suma admiración y decidida adoración.

A veces nos sentábamos en el marco de la ventana, siempre de noche. Ella se recostaba en mi pecho al tiempo que yo acariciaba su melena. Era cuestión de minutos para que su voz ahuyentara al silencio. Hablaba de libros, de autores, de ideas que se urdían en su cabeza, de seres que no existían más que dentro de ella, después, abruptamente, pedía el regreso del mutismo. La amaba por esos destellos de lucidez que me obsequiaba únicamente a mí. Su cordura la acompañaba pocos minutos al día, pero cuando era así lo primero que hacía era buscarme, buscar refugio en mis brazos, tatuar sus labios en los míos y acrecentar el amor que sentía por ella.

Me costó mucho trabajo comprender que a ella le dolía tanto como a mí no poder amarme de la misma manera que yo a ella. Varias veces lloró en

el borde de la cama, contemplándome, pasando sus dedos por mi cabello, y repetía que lo sentía. Me hubiese gustado decirle que yo lo sentía más que ella, ¿Pero cómo saber si eso era cierto? Si yo no podía adentrarme en el laberinto de su alma, si yo no podía descifrar las incógnitas de su sonrisa.

Ella despertó, se acercó todavía más a mí, levantó la cabeza hasta poder mirarme y, casi en un susurró me dijo: Yo a ti te dedico todos mis escritos, hasta esos que no hablan de amor. Y esa fue la primera vez que sus te amo se solidificaron.